

El acercamiento al estudio de la tenencia de la tierra en Los Andes venezolanos nos lleva a reflexionar sobre la importancia que tiene este tema para la comprensión del proceso histórico de la región, que deberá enriquecerse con investigaciones más amplias que consideren en sus múltiples variantes tal problemática.

MARIANO PICÓN-SALAS LA HISTORIA Y LA IDEA DE CRISIS

POR SIMÓN ALBERTO CONSALVI*

Desde muchos años atrás me acerqué a la obra de Mariano Picón-Salas, a su quehacer intelectual, a su creación desvelada. Pensé siempre que no había mejor camino, ni mejor guía para conocer y comprender la historia venezolana, la cultura venezolana, y el mundo tumultuoso en que vivimos, que a través de sus libros innumerables, primero de sus autobiografías, luego de sus ensayos, de sus historias, de sus biografías, de sus relatos o de sus novelas. Todo en Picón-Salas es historia: cuando escribe sobre sí mismo o sobre su peripecia europea, cuando escribe relatos como los de *Mundo imaginario* o *Registro de huéspedes*, o novelas como *Odisea de Tierra Firme* o *Los tratos de la noche*, es la historia venezolana la que está presente en ellos, bien se trate de un personaje de la Guerra Federal o de otras guerras, de tantas guerras perdidas. De las guerras perdidas contra Juan Vicente Gómez o de las guerras que el escritor va perdiendo sin importarle mucho porque para el intelectual, como en su caso personal, lo importante es librarlas, y no llevar el balance de victorias o derrotas.

De la conquista a la independencia / Tres siglos de historia cultural hispanoamericana es su mejor obra de interpretación histórica. Pero también son historia sus ensayos numerosos sobre personajes del mundo de las letras y de las artes, como Teresa de la Parra o Armando Reverón. Historia son también sus espléndidas biografías de Francisco de Miranda y el mundo del siglo XVIII, la decadencia española y el amanecer turbulento del XIX; Cipriano Castro y los avatares del XX; Alberto Adriani, Simón Rodríguez, Pedro Claver, tan distantes en el tiempo como en los menesteres de la vida, porque el uno es del siglo XX, el otro del XIX, y el último del XVII. El primero quería crear un país, como Ministro de Hacienda, sin las vanaglorias del petróleo, mediante el trabajo y la disciplina social; el segundo era un profeta de la educación, y de alguna manera se vinculaba con el primero; y el último, santo de los esclavos, terminó él siendo esclavo de los esclavos, mal visto por la Santa Inquisición de Cartagena de Indias, mal visto también por el Sumo Pontífice que terminó amnistiando el pecado mortal del tráfico humano.

Bien está que la Academia Nacional de la Historia nos congregue para celebrar la memoria de Mariano Picón-Salas, por todo lo que él significó y significa, y porque hace

* Autor de libros como *La paz nuclear, Auge y caída de Rómulo Gallegos, y Grover Cleveland y la controversia Venezuela-Gran Bretaña*, escribió *Profecía de la palabra* en Washington, donde representó a Venezuela como Embajador ante el Gobierno de los Estados Unidos, desde 1989 hasta 1994.

ahora cincuenta años que ingresó a este recinto. 1946 fue para él un año fecundo y propicio porque, además de ingresar a la Academia, fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela y ascendió al decanato. Sólo abrigó dudas sobre el orador escogido para esta celebración, porque entre ustedes están quienes lo conocieron más, lo trataron más, dominan mejor su obra, y compartieron con él, aquí, debates y cavilaciones. Influidos quizás por un personaje de Italo Calvino: el hombre que duda, hablo o no hablo, escribo o no escribo, probablemente asumí este riesgo. Si escribo puedo equivocarme, pensaba el señor Palomar; si callo puedo perder la oportunidad de decir algo muy original, etc. Como *Ejercicios de comprensión* identifiqué durante muchos meses mi libro sobre Picón-Salas, y al final me fasciné con el título de uno de sus ensayos, y así renació *Profecía de la palabra*. No obstante, mis papeles no dejaron de ser esos ejercicios de comprensión y de aprendizaje que le dieron origen y propósito.

Rumbo y problemática de nuestra historia llamó a su discurso de incorporación. Luego del elogio emocionado del titular del sillón que él comenzaba a ocupar, el fino prosista, el agudo ensayista, intérprete de Ramón Campos, a quien llamó el *anti-Rousseau español*, don Pedro Emilio Coll, Picón-Salas hizo un análisis de la historiografía venezolana, de la proeza individual de José Gil Fortoul, por ejemplo, pero con lucidez señaló también los rumbos que esa historiografía debía tomar a partir de entonces. Fue un discurso pródigo, como que venía de quien había estudiado con pasión los métodos y el quehacer del historiador en sus años universitarios de Santiago de Chile.

Junto a la Historia militar y política, preferente trabajo de nuestros historiadores durante el siglo xix y primeros años del vigésimo, ya vemos surgir como otra cara del problema una Historia económica y una Historia cultural, dijo el gran académico. Venezuela ya no era un país aislado y se requería de una interpretación de la historia partiendo de los nuevos métodos y de las nuevas disciplinas, y por eso concebía el estudio de la Historia, con Fernand Braudel, como confluencia de especialistas, lingüistas, etnólogos, sociólogos, antropólogos, economistas, que con el historiador analicen el proceso en su integridad. Ese ha sido el rumbo tomado por los nuevos historiadores, por los historiadores que requería un país, el país que en sus palabras: *desde que en 1920 el petróleo comenzó a sustituir al café y al cacao como producto dominante; desde que un capitalismo técnico y financiero pesó en la vida del país; desde que la política mundial con sus nuevas místicas se hizo sentir en las discusiones públicas, habíamos dado el salto trepando y sin duda arriesgado que nos separaba del siglo xx*.

La pasión de Picón-Salas por la historia y por el conocimiento histórico despuntó muy temprano, como lo atestigua uno de los textos de su adolescencia, *La finalidad poco americana de una literatura*, conferencia dictada en Mérida alrededor de 1918, e incluida en su primer libro, *Buscando el camino*, editado en 1920. Allí intenta un análisis de las letras hispanoamericanas de fin del siglo, de las españolas que despiertan de su letargo al son de los clarines de Rubén Darío, y de venezolanos como Manuel Díaz-Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Romero García, Urbaneja Achelpohl, Gonzalo Picón-Febres, Rufino Blanco Fombona, José Rafael Pocaterra. Se detiene largamente en los historiadores, y dice: *—tiene esta generación de 1890 unos sociólogos. Son el señor Gil Fortoul y el señor Vallenilla-Lanz. Inician ellos el estudio analítico de hombres y hechos de la historia de Venezuela. El primero publica en Berlín —1907 y 1908— dos copiosos volúmenes de Historia Constitucional de Venezuela. Entre tanta retórica tropical y vana como sobre nuestra historia hase hecho —retóricas hermosas de Felipe Larrazábal o Eduardo Blanco— el libro de Gil Fortoul es nuestra primera historia filosófica. (...) De todas las obras de esta generación es la Historia de Gil Fortoul la de más médula... (...) ...loado sea el optimismo de Gil Fortoul: él no cree como otros sociólogos también tropicales que todo en América son fatalismos étnicos, impulsiones de la sangre: para Gil Fortoul*

algo pueden sobre la masa los hombres de pensamiento: Antonio Leocadio Guzmán en El Venezolano y Juan Vicente González en El Herald.

Al otro sociólogo, Laureano Vallenilla Lanz, lo considera *fatalista y marxista*. (Al parecer, el término no tenía todavía una connotación subversiva, por lo menos en Mérida, y en 1918). Agrega de don Laureano: —*Una guerra civil que es una guerra económica también, es para Vallenilla la guerra de la Independencia. Cree poco en ideólogos y la labor de pensar en la evolución de estas tierras. ¿Federación, centralismo? Para Vallenilla pocos rumbos torció en la masa la prédica democrática de un viejo Guzmán, ni ayudó a solidificar el partido contrario el pensamiento de un Toro, de un Pedro José Rojas, de un Juan Vicente González; fue a la Federación el hombre de Venezuela porque todo cuanto fuese manifestación de autonomía, de descentralización, está en la masa venezolana— (...) De aquí viene Vallenilla Lanz a la teoría del gendarme necesario, del estado providencia que pedía Guzmán Blanco y voceaba Pedro José Rojas: para sofo-car los instintos de una masa, un hombre, juez y árbitro: en la oligarquía conservadora Páez; en la transición, Monagas; en la oligarquía liberal, Antonio Guzmán Blanco. No le negó todo, sin embargo, al autor de *Cesarismo Democrático*, y dijo, con cierta condescendencia: *Acaso un poco de amarga verdad (haya) en la sociología de Vallenilla*. Pero no obstante, argumentará extensamente contra el *gendarme necesario*, contra la aplicación como tesis permanente de algo que puede ser circunstancial, y terminará de esta manera: *No fatalismos, ni leyes del instinto para América, sociólogo eminente, sagaz observador, Laureano Vallenilla: por fatalistas antes de Spencer, porque todo lo dan a la obra de un destino o de un fatum, a trescientos millones de hombres del Ganges, hicieron suyos treinta y cinco mil conquistadores de Inglaterra*.*

A partir de entonces, Picón-Salas librará reiteradas batallas, junto con otros historiadores como Augusto Mijares, contra la tesis del *gendarme necesario*, que en 1918 ó 19 no parecería identificarse ni aludir abiertamente al general Juan Vicente Gómez, pero comienza a explicar de algún modo el porqué, poco después, el joven escritor prefiere viajar a Santiago de Chile, porque lo del *gendarme* podía ser una teoría política cuestionable, pero al mismo tiempo una realidad que no podía evadir.

Como historiador y como intérprete del curso de la Historia, Picón-Salas observó con agudeza y curiosidad el auge y la caída de los grandes imperios y de las grandes civilizaciones, y reflexionó sobre el concepto de crisis, como lo hizo en *Crisis, cambio, tradición*, y consultó las teorías de los más influyentes pensadores del siglo XIX y del XX, como Jacobo Burckhardt, Karl Mannheim, Max Sheler, Arnold Toynbee y José Ortega y Gasset: el historiador piensa que si la vida *se desenvolvese como sosegado proceso inalterable e invisible (...)* la existencia *no formulara al hombre su continua perplejidad y congoja que se proyecta en ese espejo múltiple de sucesivos cambios y generaciones que llamamos Historia*. Dado que estamos al final de un milenio, al final de un siglo, y al final de una etapa en la historia venezolana, acaso convenga explorar su pensamiento, con el ánimo de comprensión de esos fenómenos que predominó a lo largo de su obra.

El uso y el abuso de la palabra crisis nos llevó a familiarizarnos tanto con ella que siempre tuvimos la sensación de que, efectivamente, estábamos en crisis o atravesábamos una crisis, pero que no importaba, al fin de cuentas, porque todos navegábamos si no con vientos favorables, al menos con velas desplegadas.

No era cierto. No vivíamos una crisis, propiamente hablando. Vivíamos, quizás, *una crisis de...*, cada uno puede escoger lo que juzgue más pertinente, como una *crisis de liderazgo*, una *crisis de percepción*, una *crisis de recursos fiscales*, o una *crisis de previsión*, porque como dijo Juan Jacobo Rousseau, *los caribes vendían la cama de*

algodón en la mañana (imagino que quiso decir el chinchorro) y *en la tarde regresaban llorando a comprarlo porque habían olvidado que lo necesitaban para dormir de nuevo*, y algo debemos tener de caribes, pero no atravesábamos una crisis como Dios manda, sin adjetivos, sin adornos, sin calificaciones: una crisis, y nada más.

Esa es la que ahora parece que vivimos. Pero en todo, no es el fin del mundo que anunciaba a cada rato la beata María Eudocia en las páginas de *Viaje al Amanecer*, sino un fenómeno que ocurre de tiempo en tiempo en las sociedades, y que conviene reconocer. O sea, un cambio profundo en que la palabra la tienen los que vienen y no los que se van.

¿Qué es, en suma, una crisis, o esta música confusa del *vals de los adioses*? Picón-Salas indagó entre antiguos historiadores y filósofos en busca de respuestas para confrontarlas con la suya o conformar, finalmente, la propia. Imaginémosnos que son muchos (o varios) los filósofos que han develado, o tratado de develar, los enigmas de lo que es y de lo que significa una crisis. La palabra crisis está vinculada, de manera especial, a los economistas. Fueron los economistas del siglo XVIII quienes la usaron por primera vez, dentro de un contexto social. Fue común la terminología de *crisis cíclicas del capitalismo*, por ejemplo. Marx fue un exponente de estas tendencias en el análisis social y en el desarrollo económico. Pero quizás Marx usó la palabra como un profeta que postulaba el fin de un sistema y le daba connotaciones eminentemente polémicas.

Como no podemos extendernos de manera inconveniente sobre la cuestión, a pesar de ser un tema tan incitante, que despierta tanta curiosidad, debemos concentrarnos en algunas teorías y, sobre todo, en los puntos de vista de los historiadores o filósofos que el propio Picón-Salas consultó. Veamos así, en primer lugar, el pensamiento de Jacobo Burckhardt en sus *Reflexiones sobre la Historia Universal*. Burckhardt hacía una distinción entre crisis superficiales (*surface crisis*) y crisis genuinas (*genuine crisis*). Esta es una de sus grandes contribuciones para el análisis de las crisis, como su distinción entre *genuine crisis*, *abortive crisis* y *arrested crisis*. Burckhardt se preguntó lo que desde entonces suelen preguntarse los historiadores: ¿Por qué ocurren crisis que no se controlan? ¿Por qué otras crisis no llegan al punto de culminación? Si existen crisis que pudieron haberse evitado, de ser así, ¿cómo o por qué ocurrieron?

El historiador suizo pensaba que el movimiento de la Reforma pudo haberse controlado y que la Revolución francesa pudo haberse moderado. (El historiador, obviamente, no debemos olvidarlo, analiza los fenómenos a posteriori y desde su escritorio, y su papel es diferente del papel de los protagonistas movidos por las pasiones, por las ideologías, por la ambición o por el temor). En un ensayo sobre *La crisis en la historia*, el escritor alemán Gerhard Masur, biógrafo de Simón Bolívar, dice que Burckhardt pensaba que las crisis pueden ser vistas como signos auténticos de vitalidad o como una prueba de desarrollo. Por eso, no pueden ser diagnosticadas *a priori*, pueden ser negativas o positivas. Según esta interpretación de Masur, Burckhardt pensaba que *las crisis allanan el camino de instituciones ya marchitas o de pseudoorganizaciones que no han tenido otra razón de existir, excepto la de ser obstáculos para la excelencia*. O sea, obstáculos para la realización de ideales o de aspiraciones. Quizás simplemente obstáculos para la renovación social.

En el diagnóstico del autor de *Reflexiones sobre la Historia Universal*, hay también una idea que conviene observar: *Las crisis genuinas, o auténticas producen inesperadamente un aceleramiento del proceso social de una manera aterradora. Desarrollos que bajo circunstancias "normales" pudieron extenderse en varios siglos, se completan en meses o semanas*. Pensaba asimismo que las crisis enseñan a los hombres sobre lo que

es trivial y lo que es fundamental en la vida humana. Como Burckhardt sostenía que en épocas de crisis había florecido la Filosofía, el biógrafo alemán de Bolívar le observaba que las crisis pueden fertilizar el pensamiento humano, pero también suponen el riesgo de aniquilarlo. Quizás ningún otro historiador suscitó tanto interés en Picón-Salas. *Si la maravillosa civilización pagana pudo morir, pregunta el escritor, ¿por qué pensar que la nuestra tenga una garantía o una prima de inmortalidad?*

El ensayista de *Crisis, cambio, tradición* se detiene de manera especial en José Ortega y Gasset, acaso no sólo por su cercanía, sino también por su pertinencia. En su ensayo *En torno a Galileo*, Ortega define la crisis como un *peculiar cambio histórico*. Nos interesa sobremanera el pensamiento de Ortega porque es claro y preciso y, quizás, más directo, y esto abre el camino de la comprensión de un tema verdaderamente actual. Veamos cómo piensa el gran escritor español:

—*Una crisis histórica es un cambio de mundo que se diferencia del cambio normal en lo siguiente: lo normal es que a la figura de mundo vigente para una generación suceda otra figura de mundo un poco distinta. Al sistema de convicciones de ayer sucede otro hoy —con continuidad, sin salto—, lo cual supone que la armazón principal del mundo permanece vigente a través de ese cambio o sólo ligeramente modificada. Eso es lo normal. Pues bien, hay crisis histórica cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer porque vuelve a (de verdad) no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene el carácter de catástrofe. El cambio del mundo ha consistido en que el mundo en que se vivía se ha venido abajo y, por lo pronto, en nada más. En un cambio que comienza por ser negativo, crítico. No se sabe qué pensar de nuevo; sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles. Se siente profundo desprecio por todo (o casi todo) lo que se creía ayer; pero la verdad es que no se tienen aún nuevas creencias positivas con que sustituir las tradicionales. Ortega pensaba también que el hombre hace historia y se refugia en el pasado porque es lo único que posee, porque el futuro no está en sus manos. Sólo el pasado le pertenece: es la navicilla, dice el filósofo, en que se embarca el inquieto porvenir.*

Al analizar el pensamiento del autor de *Estudio de la Historia*, Picón-Salas escribió: *Como en un largo drama en tres actos parece desenvolverse para Toynbee el proceso desintegrador de una Cultura. Primero aparecen unos llamados "tiempos revueltos", en que la estabilidad social y las normas y creencias de la comunidad sufren el impacto de nuevas ideas e impulsos históricos. El mundo en que vivían comienza a cambiar bruscamente a los ojos de los contemporáneos; no sólo es conflicto de generaciones, es "guerra civil de creencias".*

Diagnosticar las crisis, considera el escritor venezolano, no puede ser una tarea exclusiva de economistas y de tecnólogos, también la debe ser de filósofos y poetas y, ciertamente, de los historiadores. *Los políticos*, escribe el biógrafo de Francisco de Miranda, *a quienes los mitos relativistas de poder hegemónico, zonas de influencia, dominios de mercados y cambiante seguridad estratégica, los obsesionan*, carecen por estas razones, por su rendición a lo circunstancial y a lo inmediato, de la visión de los problemas permanentes, y por tanto demoran en percibir las crisis.

Ya el hombre del siglo xx no tiene la confianza en el porvenir que tenía el hombre del siglo xix, piensa Picón-Salas. La promesa de progreso continuo y ascendente del siglo xix se ha detenido. Un siglo que deja un balance de 175 millones de seres humanos

aniquilados por las guerras o la violencia política y sus diversas formas de totalitarismos, deja también un balance de incertidumbre. No hay, ahora, al final del último lustro de nuestro siglo, la percepción del siglo XIX de que la humanidad marchaba hacia el progreso. Quizás una mirada al mundo, a su realidad y a sus perspectivas, ofrezca algunas respuestas. Picón-Salas nació al amanecer del siglo, vivió apenas la primera mitad, pero sus reflexiones de *Regreso de tres mundos* y de sus ensayos de *Los malos salvajes*, tienen una extraña, a veces incomprensible contemporaneidad. En 1937, cuando escribe *Preguntas a la esfinge de la Cultura*, escribió también su ensayo *Los anticristos*, sobre la intolerancia y sobre la tolerancia de la intolerancia. Estaba despuntando la segunda mitad del siglo cuando el escritor murió en Caracas el 1° de enero de 1965. Pero ya sabía cómo iba a terminar el siglo, y la medida del desasosiego con que acometeríamos el XXI. *Ya el hombre del siglo XX no tiene confianza en el porvenir que tenía el hombre del siglo XIX*, dijo y conviene repetirlo, como conviene repetir esta otra sentencia: *La promesa de progreso continuo y ascendente del siglo XIX se ha detenido*. Cincuenta años después de Picón-Salas, el diagnóstico de un brillante economista es que comenzamos a vivir *la era de las expectativas decrecientes*. O sea, que la promesa de progreso continuo ha dejado de ser promesa. Otro economista, el economista y filósofo Robert Heilbroner, ha hecho un ejercicio o una excursión al pasado para explorar lo que pensaban del futuro los hombres del muy distante pasado, de ayer (un ayer de doscientos o trescientos años) y lo que piensa el hombre de ahora. No se trata de que el futuro se acerque más: simplemente, se trata de un hecho comprobable, el hombre dispone de mayor y más cabal información, y sabe que lo que está a la vuelta de la esquina es la explosión demográfica que mide con asiduidad un reloj de las Naciones Unidas (que puede leerse en Internet); que lo que ésta a la vuelta de la esquina es la pobreza, que ningún sistema tiene métodos mágicos para resolver que lo que está a la vuelta de la esquina, esperando que caiga la última página del almanaque del milenio, es la intolerancia religiosa, la intolerancia política de los que nunca se equivocan y la pretensión incesante de predominar sobre todo el mundo, aunque esta pretensión vaya encubierta en los principios universales de la Declaración de Derechos del Hombre. Este es el mundo que tenemos, y que probablemente tendremos, y es mejor conocerlo que andar a tiendas, dando palos de ciego.

Digamos, finalmente esta verdad: Mariano Picón-Salas fue esencialmente un hombre solitario: solitario a lomo de la mula equilibrista que lo condujo en 1919 de Mérida a un puertecito del Lago de Maracaibo para venir a Caracas; solitario en el barco de emigrantes que lo llevó de Panamá a Valparaíso; solitario en las pensiones chilenas; solitario en su primera estancia en Caracas en 1936; solitario en Praga; solitario en las casas de huéspedes de las universidades norteamericanas. *Somos el hombre solo que extiende su camisa, tira sus zapatos manchados de polvo y cierra el conmutador de la luz*. Así lo dijo. Pero solitario consigo mismo, con la rica soledad del escritor que lo mantuvo alejado de las candilejas y que le permitió pasar a la historia no como una candileja, sino como el más profundo de los pensadores venezolanos. Solitario en cualquier parte del mundo, pero acompañado de una obsesión que lo apremió y desveló y que se llamaba Venezuela. Fue optimista y creyó en nuestro país. En el debate todavía abierto que llamó *Antítesis y tesis de nuestra Historia*, volvió en plena madurez al tema del *gendarme necesario* y de la Sociología pesimista, o sea la antítesis, y con palabras suyas quiero terminar las mías:

—*Porque, más allá de la demagogia y el rencor, pudiéramos iniciar la conquista y plena valorización técnica de nuestro país. Oponer al azar y la sorpresa de ayer, a la historia como aventura, una nueva historia sentida como plan y voluntad organizadas. Hacer de esta igualdad criolla por la que el venezolano combatió y se desangró durante más de un siglo, la base moral de nuestra nueva historia. Esto es lo que yo llamaría la*

“tesis” venezolana, el saldo positivo que aún resta y debemos fortalecer conscientemente después de la prueba tremenda que fue nuestra guerra civil. Y en la comprensión de este problema, en la manera como la nación librada de sus tragedias y fantasmas puede ser creadora, radica el misterio alucinante de nuestro destino futuro. Materialmente tenemos el espacio, el territorio y hasta los recursos. Se impone ahora la voluntad humana.

(En la Academia Nacional de la Historia, 20 de junio, 1996).

“SUCRE: OFICIAL FACULTATIVO”,

POR CARLOS PÉREZ JURADO*

En un Oficio del General José Antonio Páez al Secretario de Guerra, fechado en Valencia, el 2 de septiembre de 1823, se hace referencia al papel de las llamadas “Armas Sabias” (zapadores y artillería) en el sitio de Puerto Cabello. Dicho documento dice como sigue: “República de Colombia/Comandancia General del Departamento de Venezuela/Número 60/Cuartel General en Valencia, a 2 de septiembre de 1823, 130/ Señor Secretario: Cuando se proyectó minar el puesto Mirador de/Solano antes de levantar la línea contra Puerto Cabello, fue contando/con un oficial facultativo que a la sazón había arribado a La Guaira./Efectivamente, el facultativo pasó al Cuartel General e inmediatamente a reconocer el fuerte; pero hallándole tan solidamente Cons-/truido pidió los elementos que para aquella operación se necesitaban./No habiendo en la República establecidas ni compañías de zapadores,/ni mineros, ni instrumentos, quedó sin efectuar el proyecto./La artillería que había facilitado la corbeta “María Francisca” para/batir la plaza de Puerto Cabello, después de haber hecho los últimos/esfuerzos para conducirla a esta ciudad, quedaron infructuosos por/los obstáculos insuperables que presentaba el camino, no habiendo/podido embarcarse por la dispersión de nuestras fuerzas navales a/ consecuencia del combate del primero de mayo, en cuya vista determiné/que se enterrasen en el camino del Palito; de tres que eran, dos des/enterraron los enemigos y fueron conducidos a Puerto Cabello, y el /otro aún permanece enterrado. Estos cañones debían haberse perdido/siempre por pertenecer a la corbeta presa “María Francisca”./Sírvasse Vuestra Señoría ponerlo en conocimiento de su Excelencia/el Vicepresidente para los fines convenientes./Dios guarde a Vuestra Señoría. -El General en jefe, José A. Páez./ Señor Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra./ (Al margen dice: Enterado.- Rúbrica de Briceño Méndez.) (Fuente: Archivo del General Páez, II, 214-215).

De donde se infiere que para el sitio (final) de Puerto Cabello (años 1821 y luego 1822-1823) no hubo ni siquiera un oficial facultativo, por carecer la República de un centro de formación para artillería e ingenieros.

De esto se hacía eco la Memoria presentada por la Secretaría de Guerra al Congreso de 1823 (el 18 de abril de 1823), cuando dice al respecto: “La artillería apenas ha

* Magister en Historia de las Américas. Universidad Católica Andrés Bello.